

Todo el mundo sabe algo

Gladis

Eduardo

Gladis —¿Dónde estás Eduardo?

Eduardo —Mirando el partido.

Gladis —¿Quién juega?

Eduardo —¿Qué?

Gladis —¿Que quién juega?

Eduardo — “Boca-Lanus”

Gladis —¿Y cómo van?

Eduardo —Cero a cero.

Gladis —Ah... (Él no le habla. Ella sigue planchando. Está inquieta. Vuelve a sacar un tema). Te juro que no sabía la cantidad de cosas que ignoraba.

Eduardo —¿Eh?

Gladis —Las cosas que ignoraba, no sabía que eran tantas.

Eduardo —¿Qué cosas?

Gladis —No sé, de todo. (Se despacha a hablar). En el cumpleaños de anoche, eran todas mujeres; más solteras y divorciadas que otra cosa. Estaba la ex del doctor Zurita, la del abogado Calgattera, la del contador Perussi... No sabés todo lo que saben esas mujeres. Me sentí tan fuera de todo... ¡Las cosas que saben! ¡Dios mío! ¡Son increíbles!

Eduardo —(Sin dejar de mirar el partido). ¿Qué cosas saben?

Gladis —De todo. Quien está con quien, quien dejo a quien, quien engaña a quien... ¿Podés creerlo?

Eduardo —¿Y cómo saben todo eso?

Gladis —(Indiferente a la fuente). No sé, pero saber, saben.

Eduardo —Pero... ¿Son cosas que después se pueden comprobar?

Gladis — (Sabe que sí). Sí, calculo que sí. No sé, igual no creo que haga falta. Yo les creo. ¿Qué necesidad de mentir van a tener?

Eduardo —No sé, no me gusta que te juntes con esa gente, Gladis.

Gladis —¿Por qué?

Eduardo —No sé, es gente diferente. Yo que sé, no me gusta...

Gladis —Me sentí igual, que esa vez que me metí sin querer en la biblioteca. Tanta información, tantos libros, tantas cosas por saber... Así me sentí. Como si esas pocas mujeres fuesen libros que contienen las cosas más interesantes de la gente de esta ciudad. ¿Querés que te cuente?

Eduardo —Bueno...dale...

Gladis —(Medio en confidencia). ¿Viste la chica de Capelino?

Eduardo —No... ¿Quién es esa?

Gladis —(Está nerviosa). ¡Ay Eduardo!... ¿Así como querés que te cuente?

Eduardo —No la conozco... ¿Qué querés que haga?

Presentamela si querés que la conozca.

Gladis —Es la chica que te atiende cuando vas a la mutual.

Eduardo —¿La caderona?

Gladis —Sí, esa. La de la voz finita.

Eduardo —¿Qué pasa con esa?

Gladis —Parece que la vieron el sábado, completamente borracha, en una fiesta. Y como si con eso fuera poco, estaba tirandolé pedazos de pan a sus amigos. (Haciendo hincapié). Pan.

Eduardo —¿Y?

Gladis —¿Cómo, y? ¿No te das cuenta? Esa chica no tiene moral, Eduardo.

Eduardo —¿Qué estás diciendo Gladis?

Gladis —¿A vos te parece bien que una chica que atiende una mutual pueda emborracharse así?

Eduardo —Yo que sé, que haga lo que quiera.

Gladis —No, señor, porque con esas manos, ella entrega bonos de salud... ¡De salud! Con su salud que haga lo que quiera. Pero que no se meta con la mía.

Eduardo —Pero si a vos no te hace nada, Gladis. ¿Qué decís? Además, todas las pibas se emborrachan ahora...

Gladis —¿Y todas te tiran con pan también?

Eduardo —Yo que sé. ¿Me vas a contar algo interesante o sigo mirando el partido?

Gladis —(Tratando de engancharlo en el diálogo). ¿Sabés de quien me enteré algo? De Carlitos Damián Pérez.

Eduardo —¿Qué Carlitos? ¿El de mi laburo?

Gladis —Ese mismo.

Eduardo —Pero si no hay tipo más tranquilo en toda la ciudad... ¿Qué pudo haber hecho Carlitos?

Gladis —¿Te cuento? (Eduardo afirma). Se acostó con una modelo.

Eduardo —¿Con una modelo?

Gladis —Sí. Así como me oís.

Eduardo —Pero mira si una modelo le va a dar bola a Carlitos.

Gladis —Me lo contaron esas mujeres, anoche. Aunque ni ellas mismas lo podían creer.

Eduardo —¿Entonces para qué lo cuentan?

Gladis —Es que la esposa de Carlitos, se lo contó a una de ellas.

Eduardo —¿Nora?

Gladis —Sí, Nora. Parece que se siente orgullosa.

Eduardo —No es para menos.

Gladis —Y no.

Eduardo —Mirá vos Carlitos. Con esa cara... ¿Quién diría?

Gladis —Sí, quién diría. ¿No?

Eduardo —(Irónico). Mirá las cosas que saben estas mujeres. (Como al pasar). ¿Y de mí no saben nada?

Gladis —De vos sólo tenían anotadas tres cosas.

Eduardo — ¿Tres cosas?

Gladis —Sí. Me dijeron, que hace diez años atrás, antes de conocerme a mí, estuviste con una chica llamada Evangelina.

Eduardo —Eso ya lo sabías, Gladis. Te conté mil veces lo de Evangelina.

Gladis —Sí, ya sé. Lo que nunca me contaste, es que la madre de Evangelina, tenía una mercería.

Eduardo —Sí, es verdad. Tenía una mercería. Ya me había olvidado. ¿Y qué tiene de malo tener una mercería?

Gladis —Lo malo no es la mercería, sino lo que “hizo” en la mercería.

Eduardo —¿Qué hizo en la mercería?

Gladis —Una vez, entró una señora, y le compró cuatro metros de elástico verde. (Enfatizando con los dedos). Cuatro.

Eduardo —¿Y?

Gladis —La señora le pagó y se fue, olvidando llevarse el vuelto (Lo mira incriminatoriamente a Eduardo. Él no dice nada). ¿Vos crees que tu ex suegra fue capaz de correr a la señora para avisarle? (Sin esperar respuesta). ¡No, se lo quedó ella! ¿Qué me decís?

Eduardo —¿Cuánto era el vuelto?

Gladis —Qué importa cuánto era el vuelto. Lo que importa es la acción.

Eduardo —¿Esas pelotudeces tienen anotada?

Gladis —A mí no me parece una pelotudez. ¿A vos te parece una pelotudez quedarse con lo que no es suyo?

Eduardo —Es una pelotudez, Gladis. Dejate de joder

Gladis —Estas mujeres no anotan pelotudeces, Eduardo.

Eduardo —A ver ¿Qué otras cosas tenían anotada?

Gladis —Cuando te agarro la policía.

Eduardo —(Asustado) ¿A mí, la policía?

Gladis —Sí, a vos... Por el asunto con unos globitos.

Eduardo —¿Cuándo me agarraron por tirar globitos de agua en carnaval?

Gladis —Sí.

Eduardo —Ah bueno, pero estas pelotudas no pueden estar más al pedo.

Gladis —No las insultés, Eduardo. Se pueden enterar.

Eduardo —Tenía doce años, Gladis.

Gladis —No importa la edad. Tuviste un problema con la ley y eso es algo digno de anotarse. Es algo muy grave. Uno no entra a la comisaría todos los días, Eduardo.

Eduardo —¡Pero si fue por tirar globitos!

Gladis —Por lo que sea.

Eduardo —Está bien. A ver... ¿Cuál es la tercera cosa que tenían anotada? (Ella no habla). Hablá.

Gladis —No es tan fácil, Eduardo. De esto sí que no hay vuelta atrás.

Eduardo —¿Eh?

Gladis —¡Que no hay vuelta atrás, te digo!

Eduardo —¿Qué es, Gladis? No me hagás poner nervioso al pedo.

Gladis —Me contaron lo de... la chica de quince.

Eduardo —(Blanco). ¿Qué chica?

Gladis —Ya sabés qué chica.

Eduardo —Yo nunca estuve con una chica de quince años. ¿Qué te creés que soy?

Gladis —La de la moto.

Eduardo —(Nervioso). No sé de qué hablarán, Gladis. Yo no conozco ninguna chica de quince años, y ni a ninguna moto. No

sé de qué hablarán... (Saliendo). Me voy a ver cómo sigue el partido, porque no quiero escuchar más boludeces...

Gladis —No hace falta que me lo niegues, Eduardo.

Eduardo —Es que no hay nada que negar, mi amor. No sé de qué hablás, sinceramente.

Gladis —Una de ellas me mostró una foto en donde estás vos escapandoté del accidente.

Eduardo —¿Una foto? ¿Pero se ve que soy yo?

Gladis —Sí, se ve, Eduardo.

Eduardo —Pero eso no es una prueba. Hoy con las computadoras dicen que se puede armar cualquier tipo de fotos, y cosas así... Te lo juro. Lo leí en una revista. Pueden ponerle la cara de Susana Jiménez al cuerpo de Mirtha Legrand, si quieren. Te juro que se puede Gladis.

Gladis —Eduardo. Vos bien sabés que la foto es real.

Eduardo —No, mi amor. Está trucada. (Ella lo mira y él baja la cabeza).

Gladis —¿Vos sabés lo que tienen en el almacén?

Eduardo —¿Qué almacén?

Gladis —Estas mujeres, tienen un almacén con todo tipo de objetos que incriminan a mucha gente de esta ciudad.

Eduardo —¿Eso te dijeron? ¿Qué tienen un almacén? Pero mirá qué organizadas... ¿Y qué tienen que me pueda incriminar?

¿Una huella? ¿Un pedazo de pavimento? ¿Un poco de aceite?

¿El casco de la chica? No, eso seguro que no. Porque casco no tenía. Por eso se partió la cabeza contra el piso. (Se da cuenta de lo que dijo). Porque dicen que casco no tenía. Me dijeron los muchachos..., los del bar..., que si hubiera tenido casco...el cerebro..., no sé..., como que el cerebro se le hubiera quedado adentro..., o algo así..., pero casco, no tenía, mi amor... Te lo juro. (Frena y la mira). ¿Qué tienen esas mujeres que me pueda incriminar, Gladis?

Gladis —Tienen el cadáver. Tienen a la chica, Eduardo, a la de quince. No sé cómo la consiguieron, pero la tienen.

Eduardo —¿Cómo van a tener un cadáver en un almacén,

Gladis? ¿Me estás jodiendo?

Gladis —Lo tienen, yo lo vi. Anoche me llevaron hasta el almacén y me lo mostraron.

Eduardo —¿Te mostraron un cadáver? ¿A vos? ¿Anoche? ¿En un cumpleaños? ¿Y recién me lo decís ahora? ¿Qué te pasa

Gladis?

Gladis —No sé, Eduardo ¿Qué querías que hiciera? Esperaba que todo sea mentira..., pero bueno..., veo que no.

Eduardo —Fue la noche que festejamos con los muchachos el cumpleaños de Leito Martínez.

Gladis —(Pensando). Pero... ¿Cuánto hace de eso?

Eduardo —No sé, seis o siete meses. Estábamos en el bar, enfrente del hospital. Habíamos tomado mucho.

Gladis —¿Vos también?

Eduardo —Sí, Gladis.

Gladis —Pero si vos no tomás, prácticamente.

Eduardo —Ese día sí. Había tomado.

Gladis —¿Mucho?

Eduardo —Sí, bastante.

Gladis —¿Y manejaste borracho?

Eduardo —No estaba borracho. Estaba un poco mareado.

Gladis —¿Adónde la atropellaste?

Eduardo —Cruzando Monroe. Ella tenía el paso. Pero yo no alcance a frenar.

Gladis —Qué horror.

Eduardo —Pero ella no llevaba casco. Dijeron los muchachos del bar que, si tenía el casco puesto, no le pasaba nada ¿Qué voy a hacer Gladis? Si me agarran no salgo nunca más.

Gladis —Estas mujeres están dispuestas a entregarnos el cadáver. Pero quieren algo a cambio.

Eduardo —¿Qué quieren? Lo que sea Gladis... Prefiero vivir en la calle, antes que estar en la cárcel. Perdoname, Gladis. Yo sé que la casa la heredaste de tu familia, que viene de tus abuelos, y tus ancestros, y esas cosas..., pero la vamos a tener que vender... ¿Me entendés? Yo no te puedo dejar sola. ¿Entendés?

Gladis —Escuchame Eduardo. No quieren plata.

Eduardo —¿Qué quieren?

Gladis —Información.

Eduardo —¿Información? ¿Qué piensan que sé yo? Yo no sé nada.

Gladis —Yo les dije lo mismo, y me contestaron: “Todo el mundo sabe algo”.

Eduardo —No entiendo. ¿Algo de qué?

Gladis —Yo tampoco entiendo mucho. Parece que estas mujeres se alimentan de información... Es como si vivieran de la vida de los demás.

Eduardo —¿De la vida de los demás?

Gladis —Sí, no sé. Es lo único que puedo llegar a entender.

Eduardo —Pero... ¿qué podemos contar nosotros de los demás? ¿Quiénes son los demás? ¿Alguien en especial?

Gladis —Para estas mujeres, todos somos especiales. Necesitan que les contemos cosas de cualquier persona que conozcamos: amigos, compañeros de trabajo, familia...

Eduardo —¿Cómo voy a contar cosas de mi familia?

Gladis —Sí, Eduardo. Más que nada les interesan cosas de la familia de uno. Porque dicen que, al estar más cerca de los familiares, se tienen más detalles.

Eduardo —Está bien. Pero no pienso contar ninguna desgracia.

Gladis —Eduardo. Eso es lo que más les interesa... ¿No entendés todavía? (Silencio). Por eso me invitaron a ese

cumpleaños anoche. Tenían todo pensado. ¿Te das cuenta? Es como una estrategia para conseguir más información.

Eduardo —(Como repitiendo) Mis desgracias familiares...

¿Cómo puede ser que les interesen mis desgracias familiares?

Gladis —Ya te expliqué, Eduardo. Es gente que vive de los demás. A nosotros eso no nos tiene que importar. Solamente tenemos que conseguir ese cadáver, enterrarlo, y seguir viviendo tranquilos. ¿Entendés?

Eduardo —Sí, Gladis. Está bien.

Gladis —Les dije que íbamos a ir la nohecita con toda la información. (Eduardo afirma). Me dijeron que llevemos un... (Hace memoria) ...ayuda memoria. Que anotemos en una hoja, por lo menos, las principales desgracias de la gente que nos rodea, para después desarrollar los temas con ellas.

Eduardo —(Superado). Está bien. (Se levanta a buscar una hoja y lapicera).

Gladis —Yo ya estuve anotando algunas. (Saca una hoja del camisón). Más que nada, las de mi familia: (Leyendo) Las infidelidades de papá, cuando se le fundió la rotisería a mi hermano... También anoté cuando se quebró la cadera mamá..., no sé..., espero que todas estas cosas les interesen.

Eduardo —(Entrando con una hoja. Se sienta a anotar.) Por lo que me contás, les tiene que interesar. A ver... ¿El cáncer de mamá?

Gladis —Eso me dijeron que ya lo sabían. Pero precisaban detalles sobre la agonía de los últimos días.

Eduardo —Bueno..., (Anota)...agonía de los últimos días...

(Piensa)... ¿Qué mi hermano es homosexual, les importará?

Gladis —Obviamente. Anotalo, anotalo... (Se acerca y le da la hoja de ella). Tomá, pasá lo que yo anote así queda todo en la misma hoja.

Eduardo —Bueno... (Sigue anotando). También voy a anotar cuando me atropellaron al perro.

Gladis —Sí, Pobre Fifu.

Eduardo —(No se le ocurre más nada. La mira a Gladis. Ella le baja la mirada). Mi amor... (Ella no contesta) ...no te lo quise decir para que no te preocuparas... ¿Entendés? Ella no llevaba casco. En todos lados hay carteles, que dicen que hay que ponerse el casco..., hasta te cobran no sé cuánta guita por no tener el casco puesto. Gladis, entendeme. Es culpa de ella. Dicen los muchachos que no se hubiese hecho nada si tenía el casco..., los del bar..., que el cerebro no se le hubiese... (Se interrumpe). Yo no sé por qué a la gente le cuesta tanto entender algunas cosas. Es por su propio bien, che. Y esta piba..., yo sé que ella tenía el paso..., pero... ¿A vos te parece? ¿Venir a cagarle la vida así, a un tipo como yo? Si no le hago mal a nadie. Vos me entendés, Gladis... ¿no?

Gladis —Sí, mi amor. Sí que te entiendo. Terminemos la lista.

Eduardo —(Va hacia la lista). ¿Les interesará cuantas materias me llevé en quinto año?

Gladis —Sí, no sé, vos por si acaso, anotá. Mejor que sobre y no que falte.

Eduardo —Sí. Que queden bien satisfechas.